

LA PRIMERA VERSIÓN DEL EPÍGRAFE FUNDACIONAL DE LA MEZQUITA  
DE IBN ʿADABBAS DE SEVILLA

Con su precisión acostumbrada, don Manuel Ocaña Jiménez publicó y tradujo en las páginas de esta Crónica la no fácil inscripción árabe grabada a lo largo de un fuste de columna que estuvo en la que fué mezquita mayor de Sevilla — colegiata del Salvador — hasta que los almohades levantaron a fines del siglo XII otra mucho mayor <sup>2</sup>. Dicho epígrafe fecha la cons-

<sup>1</sup> Torres Balbás, *A través de la Alhambra* (Bol. del Centro Artístico, 3ª época, Granada 1924, p. 16).

<sup>2</sup> Manuel Ocaña Jiménez, *La inscripción fundacional de la mezquita de Ibn ʿAdabbas en Sevilla* (AL-ANDALUS, XII, 1947, pp. 145-151).

trucción del oratorio, llamado de Ibn 'Adabbas por el *qādī* que dirigió su construcción, en el año 214/829-830, según en él se dice, y es el más viejo árabe existente en España. Conserva el fuste epigráfico el Museo Arqueológico Provincial de Sevilla y procede del quemadero de la Inquisición.

El señor Ocaña, antes de publicar su lectura y versión, reproduce las de sus predecesores, desde la primera de Amador de los Ríos en 1875; una segunda rectificada, del mismo, de 1911; la del P. Pedro Martín, recogida en el Catálogo del Museo, redactado por don Manuel Campos Munilla y dos del señor Lévi-Provençal, la última de ellas corregida con ayuda de la Crónica de Ibn Ṣāḥib al-Ṣalā. Un vistazo a todas ellas — nadie las creería, por su variedad, lecturas de un solo texto —, permite formar idea de las grandes dificultades de muchas inscripciones árabes, que exigen para su lectura una consagración especial. Al mismo tiempo aumenta, a ser posible, nuestro escepticismo respecto a las lecturas hechas hace algunos años, con falta de ciencia y sobra de desenfado, no revisadas aún por epigrafistas de garantía.

En el artículo del señor Ocaña no se dice, por no haberlo encontrado sin duda en el Catálogo del museo, quién era ese P. Pedro Martín, autor de una de las más fantásticas versiones recogidas. Su personalidad figura, junto con algunos datos sobre el fuste epigráfico, en un libro publicado en Sevilla hace ciento veintiún años, muy interesante para el estudio histórico de la urbanización de esa ciudad y de su carácter durante los siglos XVI al XIX. Abundaban en ella — reliquias medievales — las barreras y barreruelas, o sean las calles y callejones ciegos, sin salida; los arquillos que las aislaban y las vías angostísimas.

A pesar del derribo en la segunda mitad del siglo XVIII por el asistente don Pablo de Olavide, autorizado para ello por el arzobispo, de abundantes altares, imágenes y cruces, manifestación de la piedad popular, aún quedaban en las angostísimas vías sevillanas crecido número de ellos. Las calles eran como una prolongación de los muchos templos y aun de las propias viviendas, en las que las imágenes religiosas tenían también cumplida representación.

Se trata de la obra de don Félix González de León, *Noticia histórica del origen de los nombres de las calles de esta M. N. M. L. y M. H. ciudad de Sevilla*<sup>1</sup>. En su p. 525 se dice que, pasado por un puentecillo o alcantarilla el arroyo Tagarete (hoy oculto), llegábase al prado de San Sebastián en el que estuvo el antiguo quemadero de la Inquisición, demolido, sin dejar rastro, el año 1809. «Este triste edificio fué construído por los primeros inquisidores... Era un cuadrilongo en alto, formado de ladrillos, y en sus cuatro ángulos o esquinas sobresalían cuatro pilares, y sobre cada uno hubo en su principio una estatua de barro cocido. En uno de estos pilares había una inscripción latina (*sic*)... Este pilar lo recogió don Natan Wueterell y lo colocó en su inmediata fábrica de curtidos...»

Más adelante, en las «Adiciones y correcciones», pp. 592 y 593, rectifica la noticia anterior: la inscripción era árabe. Interesados don Juan Wueterell, hijo del antes aludido, y González de León en su lectura y versión, «llevaron a que vieran el Pilar, los Moros africanos que de continuo están en esta ciudad; mas tampoco surtió el efecto que se deseaba, pues no entendieron o no supieron traducir la expresada inscripción. Entonces se estampó en papel a propósito, con todas las faltas y quiebras que la misma piedra arroja. De este modo se le remitió a Cádiz al Padre don Pedro Martín, sugeto que entre otros conocimientos científicos, posee la lengua Árabe, por haber vivido entre ellos muchos años con encargos y comisiones del Gobierno, el cual encontró mil dificultades para poder entender la inscripción, ya por las faltas que esta tiene por roturas de la piedra, ya por estar en caracteres *Cúficos* que son muy difíciles de descifrar. Pero al fin, venciendo cuantos obstáculos se le han presentado, y supliendo por antecedentes algunas faltas, ha traducido la inscripción del modo siguiente...»<sup>2</sup>.

Por tratarse de la más antigua inscripción árabe conservada en España recojo este pequeño detalle de algún interés para la historia de los epígrafes islámicos y de su lectura. — L. T. B.

<sup>1</sup> Sevilla 1839.

<sup>2</sup> La traducción, en el artículo citado del señor Ocaña, p. 146.